

*Talcahuano sede del Segundo  
Festival Internacional de Coros.*

En octubre de 1964 se realizará en Talcahuano, que en el mes de noviembre cumple doscientos años de vida, el Segundo Festival Internacional de Coros, con la participación de todos los coros de Chile, desde Arica a Magallanes, además de los conjuntos extranjeros que serán especialmente invitados.

*Acercas del Primer Festival de  
Coros de América y el Movimiento  
Coral Chileno*  
por *Enrique Rivera*

Fuimos testigos recientemente de un acontecimiento musical de extraordinaria importancia y significación cultural para el país, más que por su calidad artística intrínseca, por la inmensa cantidad de personas que en él intervinieron. Se trata del Primer Festival de Coros de América y Tercero de los que, con carácter nacional, se han realizado en nuestro territorio y que agrupó a destacados conjuntos de países hermanos y a algunos de los más importantes de la inverosímil cantidad que se han formado a lo largo de Chile. Se desarrolló en la lejana ciudad de Antofagasta, a la cual llegaron más de dos mil participantes que hicieron vivir, entre el 18 y el 21 de septiembre, días inolvidables a los habitantes de ese puerto, abandonado en el desierto pero siempre fuerte, que recibió alborozado y generoso a aquellos que llegando de rincones apartados venían a cantarle.

Mirando hacia atrás, para tratar de explicarnos este violento desarrollo experimentado por el movimiento coral, nos encontramos frente a lo que ya es nuestra propia historia musical. La actividad de conjuntos vocales se remonta a las primeras décadas de este siglo, cuando se formó el importante Coro de la Sociedad Bach, organización que se constituyó en el pilar de nuestras instituciones musicales y que generó diversas manifestaciones que hasta hoy nos alcanzan. Desde entonces numerosos conjuntos se crearon, encontrando un terreno muy propicio para su desarrollo, entre los que perduran dos grandes colosos que son el Coro Polifónico de Concepción y el Coro de la Universidad de Chile, cuyas ausencias a este Festival, como asimismo la del Coro de Cámara de Valparaíso, se hicieron notar.

Sin embargo, el gran desarrollo coral no se remonta a muchos años atrás y su crecimiento acromegálico tiene su principal causa en la formación de la Federación de Coros de Chile, principal organizadora de este festival, conjuntamente con la Asociación Coral de Antofagasta y la Municipalidad de la ciudad norteña. Los diversos intentos de agrupamiento de los conjuntos corales chilenos (porque de hecho actualmente existen varias organizaciones y aun, hay coros que no pertenecen a ninguna) tuvieron y han tenido su mayor éxito en la consolidación, en 1957, de esta Federación. Ella ha pasado, en cierto sentido, a ser la rectora del movimiento coral de nuestro país, contando entre sus filas, según datos que nos han proporcionado, alrededor de quinientos conjuntos distribuidos en todas las provincias (se estima que la totalidad sobrepasa la ya monstruosa suma de ochocientos) y ha organizado los Festivales Nacionales de Concepción, en 1959, y de Linares, en 1961, aparte de otras manifestaciones que han servido para crear este grandioso interés por el canto coral que ha colocado a Chile, súbitamente, a la altura (estadística al menos) de tradicionales países en donde se cultiva este género.

La gestación de este Primer Festival de Coros de América hubo de ser muy cuidadosa por los subidos gastos que demandaba y una empresa que al comienzo pareció utópica, se logró llevar a efecto, y con gran brillo, en primer lugar gracias al fervor y entusiasmo con que cada coro invitado afrontó el compromiso de asistir a él, sufragándose los gastos de locomoción y estada en los niveles que les era posible. Toda Antofagasta se movilizó para dar hasta el último hospedaje necesario y la colaboración humana que prestó el pueblo con su cooperación activa de huésped y asistente a los actos preparados (que en cierta medida fueron una modesta retribución a su solidaridad ejemplar) fue el factor decisivo y final que permitió conducir a buen término este festival, bajo la mano experta de sus organizadores.

Aparte de la ayuda siempre generosa del pueblo, la Municipalidad de Antofagasta colaboró cubriendo aquellos gastos que demandaban la adquisición de materiales, posteriormente recuperables; y el Gobierno, por su lado, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, se hizo presente (¡celoso guardián

de nuestro patrimonio cultural!) con tres mil escudos, escuálida y ridícula suma si se tiene en cuenta que el presupuesto total contemplado para este festival era superior a los trescientos mil escudos.

El arribo de los conjuntos a la ciudad de Antofagasta se sucedió en forma súbita y espectacular. Utilizando aviones llegaron, y con más comodidad, los primeros coros, entre los que se encontraba el de la Universidad San Juan de Puerto Rico, que decidió el viaje a último momento. Microbuses esporádicos repletos de cansados cantores, fueron llenando lo que hasta el martes 17 era una apacible ciudad.

Sin embargo, ninguna de estas llegadas causó tanta expectación, sobre todo en la población nortina, como la del llamado "Tren que Canta", pintoresco convoy que venía con 980 integrantes de diversos conjuntos, a través de una demoledora y larga ruta por el desierto, con toda clase de incomodidades que en más de una oportunidad afectó el rendimiento de sus voces.

La inauguración fue postergada para el jueves 19 en la mañana debido a fallas eléctricas que impidieron realizarla el día anterior por la noche como estaba programada, coincidiendo con la llegada de dicho "tren cantor". Y habiendo un día libre de actos oficiales, el pueblo entero se volcó sobre la estación ferroviaria para recibirlo después de su ininterrumpido viaje, durante el cual los coristas no hicieron otra cosa que... ¡cantar!, aprovechando las breves detenciones en las localidades del itinerario, donde ofrecían improvisados conciertos. Al arribar a la estación de la ciudad, pudimos contemplar un espectáculo intensamente emotivo, cuando las diez mil o más personas que se habían apostado desde los cerros hasta en el mismo andén, saludaban a los recién llegados, polvorientos y en un tren enteramente pintado y rayado, agitando pañuelos mientras una banda militar no tocaba otra cosa que el vals "Antofagasta". Vimos a muchas personas llorando, visiblemente conmovidas y sobre todo a aquellos extranjeros que venían incluidos en esta "caravana de locos" (como alguien la llamó), integrantes de tres coros argentinos, quienes no dejaban de expresar su sorpresa.

Vicisitudes hubo muchísimas, a tal punto que llegaron algunos enfermos y un lesionado que sufrió una caída del tren en una cur-

va, afortunadamente sin consecuencias. Mientras se embarcaban los recién llegados en camiones dispuestos por el Ejército y daban vueltas, como en un carnaval, por toda la ciudad, se comenzó a saber que aún no aparecía el Coro de la Universidad de San Marcos y nadie sabía dónde se encontraba, ante el estupor de su directora que ya estaba presente.

No todos los que habían anunciado su participación aparecieron por último en Antofagasta, ausencias casi exclusivamente pertenecientes a conjuntos extranjeros, muy lógicas por las dificultades para materializar los viajes. La ceremonia inaugural, realizada en el Estadio Regional, que abrió por primera vez sus puertas (aún inconcluso), contó con la asistencia, de todos modos enorme, de 66 coros, 57 de los cuales eran chilenos. Los representativos de países hermanos fueron el Coro Polifónico de Río Cuarto, el Coro de Cámara de La Falda, el Coro Municipal de Cámara y el Cuarteto Vocal Gaudeamus, todos de la provincia de Córdoba; el Coro Alter, de Tucumán, y el Coro Polifónico de Resistencia, provincia del Chaco, que completaban la delegación de Argentina; el Coro de la Universidad San Juan de Puerto Rico y los de la Universidad de San Marcos de Lima y el "Palestrina" de Arequipa que representaban a Perú.

En la ceremonia inaugural se realizó un desfile de todas las delegaciones presentes, disponiéndose de inmediato algunas de ellas para viajar al interior de la región donde debían cumplir actuaciones gratuitas y otros conjuntos se aprestaban para iniciar sus presentaciones oficiales, que a pesar de ser pagadas, contaron en todo momento con un entusiasmo y numeroso público. Estos conciertos se realizaron simultáneamente en tres locales y en funciones vespertinas y nocturnas, dada la gran cantidad de conjuntos que debía intervenir y se habilitó para ello el Estadio del Green Cross, la Piscina Olímpica y el Estadio Sokol. Además de diversas otras actuaciones que llevaron el canto coral a lugares como el Hospital de la región, la Cárcel y el Asilo de Ancianos, pudimos escuchar a la totalidad de los coros extranjeros el día sábado por la mañana, para dirigirnos en la tarde a otro recinto, el amplio Estadio Regional, donde se dio por clausurado el evento en una larga ceremonia en la cual se hicieron nuevamente

presentes las delegaciones con sus uniformes de actuación. Hubo calor, pesados discursos y un poco de mal gusto, todo aquello que habitualmente contribuye a restarle brillo a actos de este tipo. Entre las numerosas personalidades que se hallaban presentes, se encontraban representantes de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile y del Instituto de Extensión Musical, quienes concurren en calidad de observadores al festival, portando un obsequio y la palabra de estas instituciones a través de un discurso. Por circunstancias lamentables y bastante discutibles, no fue posible leerlo en esta ceremonia final como así tampoco en ninguna otra oportunidad, lo cual, en cierto sentido, fue un agravio a nuestra principal Universidad, que tiene en su seno no sólo el más importante sino el único establecimiento musical completo del país.

Habiéndonos referido hasta ahora a la parte exterior de este festival, a su organización, su anecdotario, sus actos oficiales (a aquello que más de alguno llamó "show"), se hace necesario emitir un juicio crítico que valore la calidad artística y musical de los conjuntos participantes, porque a fin de cuentas lo que nos importa de un coro es que cante y que lo haga bien y no solamente que sepa desfilar o promover excursiones. Es aquí donde debemos detenernos con cuidado y examinar si hay una correspondencia entre el gran desarrollo coral que se ha alcanzado y el nivel específico que cada conjunto posee.

El festival cumplió con un objetivo importantísimo que es el de "agitar" un aspecto de nuestra cultura, movilizándolo a los participantes desde puntos diversos y llevándolos hacia uno que nunca había presenciado tales manifestaciones artísticas y ni siquiera aproximadas. La exterioridad grandilocuente no importaría (y a veces es hasta aconsejable) si existiese un interior profundo que la justificara, y es por este lado que tenemos que plantear algunas críticas sin que esto signifique el más mínimo desmedro a la importancia social y cultural de este evento.

La participación de los coros extranjeros, aunque no del todo pareja, fue de bastante calidad técnica y musical. Un mayor nivel evidenciaron los coros que representaban a Argentina, por sobre los que se destacaban nítidamente el Coro Polifónico de Resistencia, el más completo del festival. Realmente nos

encontramos ante un conjunto por momentos soberbio, de gran capacidad vocal, excelente afinación y precisión rítmica, timbrísticamente muy homogéneo y rico, que a través de su acertado repertorio nos mostró cualidades colectivas y solísticas de primer orden. Un resonado éxito alcanzó la versión que nos entregara de "Stella e Lua Nova", de Villalobos (más conocida como "Macumba"), donde una soprano solista, con una voz asombrosa, dejó maravillado a muchos con su expresiva intervención. Bajo la experta batuta de su fundadora y directora, Yolanda de Elizondo, el coro afrontó obras de gran peso como "Las Lamentaciones de Jeremías", de Ginastera, de perfecta factura, que fueron dadas en primera audición en nuestro país.

También se destacó con excelencia el Coro Alter de Tucumán, compuesto por voces masculinas de gran riqueza colectiva, de emisión vibrante y llena, aun cuando algunas sobresalían excesivamente por su vigor y vibrato, o por su rigidez, debido tal vez al cansancio que atacó a muchos conjuntos.

El Cuarteto Gaudeamus, uno de los favoritos del público, fue merecedor de los elogios que se le hicieron. Aunque no puede juzgarse con el mismo criterio que a un coro, pues las cuatro voces que lo integraban deben abocarse a otro tipo de problemas, no nos impide que le reconozcamos sus sobresalientes cualidades, el escogido repertorio con que contaba y la musicalidad y expresividad de sus interpretaciones.

Los restantes coros argentinos (con excepción del de Cámara de Córdoba, muy bueno y de diferente modalidad, sobre todo de emisión, que la de sus compatriotas), se pueden agrupar en un nivel menor, donde comprenderíamos también al de la Universidad San Juan de Puerto Rico, pintoresco y emotivo pero débil técnicamente; el "Palestrina", de Arequipa, sobrio en general, y el de la Universidad de San Marcos de Lima, de quien esperábamos mucho más, aun cuando es de reciente formación.

En cuanto a la participación de conjuntos chilenos, por su elevado número, que comprendieron el territorio desde Arica a Puerto Aisén, no nos fue posible formarnos una idea total de sus condiciones. Sin embargo, escuchando una cierta cantidad de los cincuenta y siete que intervinieron, pudimos tener una visión regional bastante aproximada que nos

arroja un balance hasta cierto punto negativo.

Hay coros de la zona central muy parecidos entre sí, como cortados por la misma tijera, que comparten algunos vicios y defectos, y que coincidentemente pertenecen a la Federación organizadora de este festival. Por otro lado, coros de la zona norte, agrupados de distinta manera que aquéllos, presentan otra fisonomía, y sus rasgos, de excelentes contornos como el caso del Coro Polifónico de Iquique y el de Arica, los colocan como los más representativos del país en este evento.

Estos coros poseían una personalidad artística más definida, que implicaba repertorios mejor escogidos (según las posibilidades del conjunto) y particularmente el de Iquique, que dirige Dusan Teodorovič, nos impresionó por la buena factura de sus intervenciones y el elevado sentido colectivo, notable a través de la afinación y precisión. Por el contrario, coros como el de LAN, recientemente formado, que ambiciosamente exhibió una programación inadecuada para sus posibilidades, compuesta por obras de la literatura vocal clásica de los siglos XVI y XVII, naufragó lamentablemente en problemas estilísticos e interpretativos.

Tan grave es esto como la inclusión en los repertorios (menudo pecado de los coros del centro al sur), de ejemplos folklóricos que en realidad no son otra cosa que desvirtuamientos de obras populares y que a veces ni nos tocan. ¿Dónde estaba lo autóctono de cada región en los coros que la representaban? ¿Dónde estaba nuestra música popular? ¿Por qué esa insistencia en programaciones cosmopolitistas que se están convirtiendo en "clisés" de los coros nacionales?

Sin duda alguna hay que mirar hacia el podium y observar a la persona que está dirigiendo. Tal vez él nos pueda decir algo... o de él podamos hablar bastante. Es, en primer y último término, el jefe responsable y su coro va a rendir en la medida que él lo exija, le enseñe y lo eduque.

Hablar detalladamente de cada coro escuchado sería inoficioso. Hay de todo, pero en un nivel que ha progresado más en cantidad que en calidad y esto es muy peligroso porque... "más vale un coro en la mano que cien desfilando".

¡Sí! A los directores de conjuntos chilenos

les está quedando grande el movimiento coral. El inmenso desarrollo de éste ha escapado ya del control técnico-musical que se le debe ejercer a través de una promoción de directores capacitados y de organismos estables. Los que en este momento están al frente de conjuntos tienen (en gran parte, salvo honrosísimas excepciones) la tremenda responsabilidad de reconocer estas causas y comprender que si ellas existen, se deben a que la insuficiente preparación de un director ocasiona, entre otros problemas, la elección de repertorios inadecuados, la imposibilidad de superar eficazmente defectos de emisión, de entregar una adecuada educación musical. En suma, significa el estancamiento del desarrollo de un coro en una etapa de su formación.

Entenderemos mejor la problemática que deriva de un conjunto vocal aceptando su doble naturaleza y misión, de entidad social y musical. La parte social la advertimos claramente en el festival, y se está convirtiendo en el factor principal a juzgar por el gran empeño que ponen los coros en todo tipo de viajes, giras y eventos que organizan. Tal vez el desorbitado desarrollo en el cultivo del repertorio coral se ha producido por factores extramusicales, convirtiéndose los conjuntos en especies de "agencias de viajes" o en "clubes" donde el gran sentido de agrupación que tiene el pueblo chileno, ha encontrado un motivo más de reunirse, aprovechando y encauzando de todas maneras sus innatas condiciones y gusto por la música.

Con esto establecido no queremos expresar que el otro factor de un coro, la parte musical, deba surgir y eclipsar a lo social. Ambas deben complementarse y una servir de estímulo a la otra para ir en un constante camino de superación. Sin embargo, lo visto hasta ahora ha sido un desequilibrio en favor de lo social, llegando a parecernos a veces un pretexto el canto mismo. Ello deriva también de la incapacidad y la falta de formación de los directores que contrapesan sus lagunas musicales con una desviación hacia otros aspectos (los sociales) a través de mantener activo el espíritu de "club" de sus respectivos coros.

Y en esto le debemos un homenaje a ellos porque sabemos que algunos, en especial los de provincias, cuentan con escasísimas armas ante la imposibilidad de haberlas recibido en

alguna parte. La falta de estudios y conocimientos profundos (y a veces elementales) la suplen con gran voluntad e intuición, al punto que no llegamos a veces a explicarnos cómo dirigen. Ello nos enorgullece porque representa un elemento positivo y latente de incalculable valor por sus aptitudes innatas. Y son las de un pueblo entero que ha nacido sabiendo cantar y al que hay que educar para después sentarse a contemplar los asombrosos resultados.

Hay organismos estatales que hasta ahora no han comprendido el significado e importancia del desarrollo coral del país y que ahora deben, de una vez, por todas, ir en su ayuda con los elementos con que cuentan, evitando así que aquél sea desvirtuado o torcido de su normal cauce debido a sus particulares características.

A la cabeza está la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile, que debería ser la rectora de los coros de nuestro territorio en lo que se refiere a la formación técnico-musical de directores, con becas y toda clase de facilidades para aquellos de lejanos puntos y que no cuenten con recursos. Tan imperiosa es la necesidad de que se creen directores, ya que de ello va a depender la calidad de los conjuntos, que se nos viene a la memoria lo que nos contara un amigo que visitó la urss y que pudo conversar con el director del Coro del Ejército Soviético; él, autoridad en la materia, le refirió que a su juicio no había coros malos y buenos; lo que sí había era directores malos y buenos.

Para que los jefes de conjuntos formados puedan desempeñarse eficazmente, también es necesario rodearlos del material apropiado para los coros que tienen a sus cargos.

Y aquí debe entrar a jugar un papel importante el otro organismo estatal de trascendencia en la música chilena: el Instituto de Extensión Musical de la misma Universidad, que es el vehículo difusor de que dispone la Facultad antes mencionada. Con sus medios debería preocuparse cuanto antes de formar un amplio repertorio de todo tipo y para toda clase de conjuntos, disponiendo para ello del buen equipo impresor que posee. Hasta ahora sólo ha sacado ediciones caras de música coral mal hecha e inapropiada (desgraciadamente de nuestros compositores más renombrados), y otro tanto, pero con buen cri-

terio, ha hecho el Coro de la Universidad de Chile, que se ha esforzado por contar con materiales que son los que circulan con mayor frecuencia por todos los conjuntos.

El IEM, una vez que haya alguna conciencia de parte de las autoridades y compositores con respecto al movimiento coral, no deberá escatimar ningún esfuerzo, con el fin de formar un "stock" de partituras que incluya desde las que puedan servir al exigente Coro de Valparaíso, nuestro primer conjunto, hasta el de más humildes pretensiones, y preocuparse de conseguir arreglos aptos de nuestra música popular, que es lo que hay que preservar y defender con mayor celo.

Por último, nos cabe referirnos a las organizaciones que comprenden a los coros del país y que, por desgracia, son varias, desconectadas entre sí y que no participan unas con otras en conquistas comunes. Por el deseo de figuración personal que anima a dirigentes de algunas de ellas, esto que debería ser una sola gran corriente cultural, está fraccionado.

A nuestro juicio es totalmente absurdo crear federaciones o asociaciones sin tener organizaciones musicales locales que las respalden y por eso vemos con ciertas reservas a la Confederación de Coros de América, creada durante el festival, materializando una idea previamente elaborada, y que fue suscrita por los directores de los pocos coros extranjeros que participaron y los organizadores del evento, los que a la postre fueron elegidos (como era lógico esperar) los dirigentes máximos de esta nueva superestructura coral, por el momento un mero castillo de arena.

Si bien, y ya lo dijimos, la Federación tiene un papel destacadísimo y rector en estas actividades por la jerarquía (al menos exterior) que les ha conferido, se debe promover el contacto con la totalidad de las organizaciones, por pequeñas que algunas sean, porque cada una es depositaria de la representación de un determinado número de conjuntos.

En ese sentido, la Asociación Coral de Antofagasta, la Asociación Coral de Chile, la Federación de Coros de Chile, la Sociedad Nacional de Coros y la que se piensa formar, la Asociación de Coros de Copiapó y Coquimbo, deben agruparse en torno a objetivos comunes y buscar el camino de la unidad en beneficio de nuestra cultura.